



LECTURA
SEMANAL
POPULAR

10
Cents.

END OF NUMBER 13

ORTEGA y FRIAS

**HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE**

LECTURA

AÑO II SEMANAL PRE-
NÚM. 15 CIO:
9 FEB. 10
1926 POPULAR CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora del caballero don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde

(Continúa en la penúltima página).

Así encontró la doncella el auxilio que deseaba, aunque de poco había de servirle.

El otro sirviente había salido ya del aposento, y convencida Juana de que nadie la escucharía, exclamó con angustioso tono:

—¡Estamos perdidos!

Arrugóse por un instante el entrecejo de Querubín, y luego, como si nada hubiera que temer, preguntó:

—¿Pues qué sucede?

—¿Acaso habéis olvidado?...

—¡Nada olvidó!

—Mi señor leía esta tarde un papel, estaba muy preocupado, y ha salido a estas horas, contra su costumbre.

—¿Y qué más?

—Tan turbado estaba, que ha dejado sobre la mesa el papel...

—Juana—interrumpió Querubín—, la situación es grave, y, por consiguiente, necesitamos más calma que nunca.

—¿Qué es lo que sacáis en limpio de todo lo que pasa? Porque, la verdad, empiezo a sentirme aturdida, y si continuamos así, no podré hacer nada de provecho.

—Nada deduzco, porque nada sé: sospecho lo que pasa; pero una suposición no es bastante. Vine esta mañana, vi a tu señor con su hija...

—Ella no ha vuelto.

—Bien; pero necesito saber con detalles lo que antes pasó, y eso nadie puede decírmelo más que tú.

—Mi señor mandó a su hija que se vistiera, sin darle más explicaciones, y temí que quisiesen encerrarla en un convento.

—No eran infundados tus temores.

—Por lo que pudiera suceder, aconsejé a mi desgraciada señora que se llevase ocultas las alhajas que tenía

a la mano, el dinero y algún papel, pues todo eso podía serle de gran utilidad en ciertos casos.

—Eres previsora, Juana.

—Tomó mi consejo, y salió con su padre, mientras yo me disponía a seguirlos para averiguar adónde iban; pero los esperaba un coche, Andrés me atajó el paso en la escalera, y...

—Volvió solo don Pedro, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y después?

—Ha permanecido en su aposento: cuando quise pedirle licencia para salir y buscaros, encontré a mi señor pálido y meditabundo, con un papel entre las manos, y como si algo de mucha gravedad sucediera. En seguida pidió su sombrero, ha salido, y aquí me tenéis confusa y sin saber qué determinación tomar.

—Debe creerse que ese papel es una carta que ha recibido esta tarde.

—Pero Antonio asegura que nadie ha venido, que ninguna carta han traído.

—Antonio puede mentir.

—¿Y qué había de proponerse al decir una mentira?

—Preciso es discurrir con algún acierto.

—Ya os escucho—dijo la doncella.

—Tu señor desconfía de todos, hasta de las personas en cuya lealtad ha tenido ciega fe, y la verdad es que, después de lo que sucedió la otra noche, tiene motivo para desconfiar.

—Ciertamente.

—Supongamos que ha recibido una carta, y que, para evitar que se hagan deducciones, ha mandado a tu compañero que a nadie diga si ha venido tal o cual persona.

—Todo es posible.

—Pues bien; ya que esa carta ha quedado sobre la me-

sa, la leeré y, según su contenido, adoptaré la resolución más conveniente; en la inteligencia de que si Antonio ha mentido, le obligaré a que confiese la verdad, pues para conseguirlo no se necesita más que alguna habilidad.

—Señor Querubín, parece que con vuestras palabras me devolvéis la vida, aunque siempre me queda la duda de lo que sucederá. Además, creo que Andrés empieza a sospechar de mí, y no sé hasta qué punto alcanzará mi influencia para inspirarle confianza.

—Veamos ese papel por si algo podemos deducir.

La doncella entró en el inmediato aposento, tomó la carta y salió, presentándosela al amante de María.

No tuvo más que mirar al papel para comprender que estaba escrito por una monja.

—¡Ah!—exclamó con más alegría que sorpresa, puesto que ya sospechaba que María se encontraba en un convento.

Leyó con el afán que era consiguiente, y bien pronto exhaló un grito de dolor y de reconcentrada ira.

Sus negros ojos relumbraron, contrájose su tersa frente y palidiecieron sus mejillas.

—¡Dios mío!—exclamó elevando al cielo una mirada que, más que de súplica, era de desesperación.

—¿Qué os sucede?—preguntó Juana.

—¡María está enferma, gravemente enferma!

—¡Enferma!

—¡El médico no responde de su vida, y tal vez en estos momentos exhala el último suspiro! ¡Y es su padre quien la mata, su padre! ¡Oh!... ¡Yo te vengaré, María; yo te vengaré!

Con el semblante descompuesto y convulso por la ira, púsose en pie el mancebo, y con desiguales pasos recorrió la habitación.

Sentíase profundamente trastornado, estaba casi loco.

Imposible le hubiera sido disimular si entonces se hubiese presentado el comendador; pero, afortunadamente, no sucedió así.

De la carta no podía deducirse en qué convento se encontraba María; y aunque se hubiera deducido, ¿qué le era posible hacer al desgraciado mancebo? Ni el consuelo de ver a María le quedaba; ni siquiera saber cómo la infeliz se encontraba de su enfermedad.

Grandes, sobrehumanos esfuerzos tuvo que hacer Querubín, no para tranquilizarse, sino para recobrar un tanto la calma.

Preciso era adoptar inmediatamente una resolución.

Nunca como entonces había necesitado Querubín de todo su ingenio; pero, ¿de qué le servía?

Detúvose, se oprimió las sienes, y algunos momentos después dijo:

—Toma esta carta, vuélvela a su lugar, y llama a tu compañero Antonio.

Un triste suspiro exhaló la doncella: sufría mucho, porque amaba muy de veras a su desgraciada señora.

Dejó sobre la mesa la carta, salió, y pocos momentos después se presentaba el criado.

Fijó en éste Querubín una mirada escudriñadora, y dijo:

—El señor comendador te habrá hecho comprender que es preciso guardar la reserva más absoluta sobre esa carta que han traído esta tarde.

La sorpresa produjo sus efectos.

El sirviente quedó aturdido y sin saber qué decir, pues empezó a suponer que Querubín estaba enterado de todo.

Esto nada tenía de particular, puesto que el mancebo, según todas las apariencias, era persona de gran confianza para el comendador.

—Quiero evitarte muy graves disgustos—añadió Que-

rubín—, y, por lo que pueda suceder, te advierto que la más leve indiscreción te costaría muy cara. Posible es que con disimulo te hagan preguntas: si no vives prevenido caerás en el lazo, y Dios sabe lo que sucederá.

—¡Eso no, eso no!—respondió vivamente el criado— Soy leal, y antes que decir una palabra sobre ese asunto, dejaré que me arranquen la lengua; pero ya que de eso me habláis, y puesto que a vos puedo deciros lo que siento, os rogaré que cuando la ocasión se os presente recordéis a mi noble señor que no soy yo la única persona que entiende en el asunto, pues tenemos al que ha traído la carta, y que debe de ser muy torpe, porque se obstinó en hablar de la reverenda superiora, aunque su señoría le impuso silencio.

No necesitaba más Querubín, ni tampoco podía dirigir más preguntas al criado sin hacerse sospechoso: así, pues, se concretó a decir:

—Descuida, buen Antonio, que yo estaré a la mira de este asunto.

—Mucho os lo agradezco.

—Nada le digas a tu noble señor, porque cuanto más se habla de estas cosas, mayor es el peligro.

—Ni una sola palabra pronunciaré.

Antonio salió.

Volvió Juana.

—¿Qué habéis conseguido?—preguntó.

—Poco, y mucho.

—¿Han traído esta tarde esa carta?

—Sí; y si Antonio negaba, era obedeciendo las terminantes órdenes del comendador.

—De manera que ya sabéis...

—No sé más sino que María está enferma.

—Pero ¿en qué convento la han encerrado?

—Se averiguará bien pronto, descuida, porque ya tengo cuanto necesito.

—¿Qué pensáis hacer?

—Tú has de hacerlo todo.

—¿Yo?

—Sí, porque me parece que el portero puede sacarnos del apuro. Esta tarde ha venido un hombre con esa carta. Supongo que era el demandadero de la comunidad, y, como, según dice Antonio, hablaba de la reverenda superiora, es probable que le haya dicho al portero de parte de quién venía.

—Si ha sucedido así todo lo averiguaré.

—Has de hacerlo ahora mismo, antes de que vuelvan el comendador o Andrés.

—Esperad.

Reanimada la doncella, corrió, bajó la escalera y llegó al portal.

Allí el portero se paseaba con grave continente. Era de carácter brusco, y él mismo se envanecía con estar siempre de mal humor; pero una mujer como Juana sabe que sin gran dificultad amansa la fiereza de tales hombres.

Esforzóse ella para desplegar una sonrisa y fijando en el portero una mirada profunda le dijo:

—Estoy en gran apuro.

—¿Y qué?—replicó el portero encogiéndose de hombros.

—Que si vos no me ayudáis, tendré que sufrir duras reconvenciones de nuestro noble señor.

—Yo no puedo ayudar a nadie porque bastante hago con cumplir mis obligaciones.

—Como lo que he de pedir os no es cuestión de trabajo alguno, me parece...

—Lo que a mí me parece es que tenéis muchas ganas de conversación.

Juana inclinó tristemente la cabeza y repuso:

—Sufriré con paciencia, y si no puedo cumplir las órdenes que mi señor me ha dado...

—¡Acabemos!

—Su señoría me ha mandado decir a ese joven que ahora viene con tanta frecuencia, que la reverenda superiora del convento de... En fin, no puedo acordarme; y como tengo entendido que esta tarde ha venido un criado de la comunidad a traer una carta...

—Sí.

—Os habrá dicho quién le enviaba: si os acordáis, evitaríais que yo cometiese una torpeza diciendo Santo Domingo por decir Maravillas, la Concepción o lo que sea.

—Si hicieseis lo que yo, no os veríais en semejante apuro; pero, pensando en vuestros devaneos, habéis escuchado a su señoría como quien oye llover.

—No debéis extrañarlo, porque desde hace algunos días está la casa tan revuelta y suceden tales cosas, que me encuentro aturdida.

—¿Y qué os importa nada de eso?

—No me importa, es verdad; pero al fin son disgustos y no puedo mostrarme indiferente. Sobre todo, como nuestro noble señor ha dado en decir que hay traidores entre sus criados, no puede una desentenderse.

—Pues bien; el convento de donde han traído la carta es el de Santa Teresa.

—¡Ah!

—¿Qué os sucede?

—¡Torpe de mí!

—Ya estáis complacida.

—¡Os lo agradezco mucho, muchísimo!

—Idos ya, porque no me agradaría que nadie os viera aquí de conversación conmigo.

Tampoco la doncella quería perder un instante: corrió, subió y dijo a Querubín:

— ¡Santa Teresa, Santa Teresa!

— ¡Oh!

— Pero todavía...

— ¡Hablaemos otra vez!

No escuchó más el mancebo.

Salió de la casa, corrió con cuanta velocidad pudo, y llegó antes de un cuarto de hora frente al convento de Santa Teresa.

Allí se detuvo casi sin aliento.

Contempló los sombríos muros.

¿Qué había conseguido?

Nada.

Acababa de ocultarse el sol y no quedaba más luz que la dudosa del crepúsculo.

Diez minutos después se esparcieron las tinieblas de la noche.

En tinieblas estaba envuelta también el alma del infeliz mancebo.

Su ansiedad era la más angustiosa.

Allí se encontraba María, que tal vez agonizaba en aquellos momentos terribles.

¡Y Querubín no podía penetrar en el interior del sombrío edificio!

¡Si hubiese bastado su voluntad, habrían caído pulverizados aquellos muros!

Por primera vez en su vida se sentía aturdido el mancebo.

Si no hubiese peligrado la vida de María, hubiera podido reflexionar con calma el desdichado Querubín.

Cavilaba; pero en vano.

Su fecundo ingenio no le suministraba entonces ningún recurso.

No tenía conciencia del tiempo que pasaba.

Oyó ruido, se estremeció, y miró en cuanto se lo permitía la oscuridad.

Estaba frente a la portería, y pudo ver que del convento salían dos hombres.

El uno llevaba una linterna.

Era el demandadero. •

El otro era el comendador.

La reverenda superiora había dispuesto que el primero acompañara al segundo.

Querubín se alejó algunos pasos.

Don Pedro y Canuto tomaron por la calle del Barquillo.

El enamorado mancebo dijo para sí:

—Este debe de ser un criado de la comunidad, puesto que el comendador no trajo compañía. ¿Debo alentar la esperanza de que este criado se deje sobornar? ¡Veremos!

A larga distancia siguió Querubín a los otros dos.

El caballero entró en su casa y despidió al sirviente, que retrocedió por el mismo camino.

—¡Ahora es la mía! —pensó el mancebo.

Y cuando estaba en la calle del Pez, apresuró el paso, dio alcance a Canuto y le dijo:

—¡Perdonad, buen hombre!

En aquella época era muy peligroso andar de noche por las calles, pues ya hemos dicho en otra ocasión que estaban llenas de ladrones y asesinos.

El demandadero, obrando prudentemente, retrocedió y dijo:

—¡Apartaos y dejadme el paso libre, que me esperan!

—¡Escuchad, que no soy ningún criminal!

—¡Dejadme, o de lo contrario gritaré!

—Necesito hablaros de un asunto que os interesa; y para que no desconfiéis, no me acercaré a vos.

—¿Un asunto que me interesa? Os equivocáis, porque yo soy un pobre que no tiene más asuntos que el cumplimiento de sus deberes. Sin duda, me tomáis por otro.

—¿Acaso no sois criado de la comunidad de Santa Teresa?

—Sí.

—Pues ya veis que sé muy bien a quién busco.

—Pero...

—Escuchádmeme, que no os pesará.

—¡Me aguardan!

—Bien podéis perder algunos minutos a trueque de hacer vuestra fortuna.

Estas palabras produjeron el efecto contrario al que deseaba Querubín, pues Canuto, aunque su inteligencia era escasa, comprendió que le ofrecían dinero; y como el dinero no se ofrece sino por algo, dedujo que este algo era una intriga que, probablemente, no tendría nada de santa.

Conocemos ya el carácter del demandadero. A la sola idea de faltar a sus deberes, se horrorizó; mucho más porque no era codicioso.

—¡Mi fortuna!—exclamó—Caballero, o lo que seais, yo no quiero más fortuna que la que tengo, y, por consiguiente, no escucharé.

—Sois honrado, no lo niego; pero os advertiré que no se trata de proponeros nada que sea contrario a vuestros deberes.

—Repito que tengo prisa; y si no me dejáis pasar...

—No quiero más que haceros una pregunta: de vuestra contestación depende la felicidad de criaturas muy desgraciadas. Por lo mismo que tenéis una conciencia escrupulosa y buen corazón, os agradará hacer un beneficio.

El demandadero empezó a vacilar, y levantó la linterna para ver mejor al que tan extrañas palabras le dirigía; pero Querubín recataba el semblante con el embozo de su capa. Aprovechando aquellos momentos de vacilación, el mancebo dijo:

—Hoy ha entrado en el convento de Santa Teresa una joven de cabellos rubios y ojos azules...

No pudo proseguir porque el demandadero, que, a consecuencia de nuevas recomendaciones hechas por el comendador, había sido prevenido por la superiora de lo mucho que importaba guardar el secreto en cuanto se refería a la joven de los ojos azules y los cabellos rubios, más que nunca asustado, volvió la espalda a Querubín, echando a correr calle abajo con cuanta rapidez le fue posible.

—¡Vive el cielo!—exclamó desesperadamente el protegido del señor de Guevara.

Y también corrió.

Más joven y más ágil que Canuto, debía Querubín ganar en aquella ocasión; pero cuando el demandadero vio que su perseguidor ganaba terreno por instantes, empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Viejo estúpido!—gritaba también Querubín— ¡Si no callas, te arrancaré la lengua!

—¡Socorro! ¡Socorro!—decía el demandadero.

Volvieron otra vez a la calle de San Bernardo.

A los gritos de Canuto respondieron otras voces.

También resonó el ruido de pasos de muchos hombres que corrían.

Algunas luces brillaron.

Era una ronda que salía de la calle de las Beatas.

—¡Alto a la justicia! ¡En nombre del Rey!

Canuto, que estaba sin aliento, se detuvo.

No tenía objeto entablar una lucha con los alguaciles, y Querubín retrocedió, volviendo a la calle del Pez y desapareciendo en pocos instantes.

Ni siquiera había podido saber cómo se encontraba María.

El demandadero se tranquilizó cuando se vio protegido por la autoridad. Dio explicaciones de lo que le había su-

cedido, y acompañado por la ronda fue hasta la Corredera de San Pablo, desde donde se dirigió solo al convento.

Inmediatamente se presentó a la superiora, diciéndole:

—Vengo sofocado; ¡y gracias que vengo con vida!

—¿Pues qué os ha sucedido, hermano?—preguntó la anciana.

—Reverenda madre, parece que nos ha traído la desgracia la hija del ilustre comendador don Pedro de Saavedra.

—¿Qué estáis diciendo?

—Según parece, nadie debe saber que esa ilustre dama se encuentra aquí.

—Ya os lo advertí, hermano.

—Pues hay quien lo sabe tan bien como yo.

—¡En gran cuidado me ponéis!

—En la calle del Pez me ha detenido un hombre.

—¿Y qué os ha hecho?

—Nada me ha hecho; pero me ha dicho lo que yo no hubiera querido escuchar.

—Explicaos, hermano Canuto.

—Principió por ofrecirme dinero.

—¡Jesús!

—Pero cumplí mi deber.

—¿Y luego?

—Me dijo que de mí dependía la felicidad de criaturas muy desgraciadas, que reconocía mi honradez, y que nada me exigiría contrario a mi conciencia.

—¡Os engañaba!

—Como nadie debe negarse a hacer un beneficio, le pregunté qué era lo que desaba, y entonces me dijo que hoy había entrado en esta santa casa una joven de rubios cabellos y ojos azules.

—¡Horror, horror!

—No escuché más.

—¿Qué respondisteis?

—Corrí, el otro me siguió, grité, acudió una ronda... y nada más. He logrado escapar; pero eso nada tiene que ver con el secreto, pues ya veis que ese hombre sabe que aquí se encuentra la hija del noble comendador.

—¡Dios mío!

—Si el secreto se divulga, conste que la culpa no es mía. Yo deseo, ante todo, poner a salvo mi responsabilidad.

—Hermano, habéis cometido una gran torpeza.

—¿Una torpeza? ¿En qué consiste?

—Debierais haber continuado la conversación con ese hombre.

—El demandadero fijó una mirada de asombro en la anciana.

Ésta prosiguió diciendo:

—Hablando con él, hubierais podido negar, y al menos quedaría la duda; pero huyendo, habéis dado una prueba de que os decía la verdad y de que no queráis escucharla por ser asunto muy delicado. Vuestra honra ha quedado en buen lugar; pero el secreto...

—¡Ciertamente! —dijo Canuto inclinando la cabeza como el reo ante el juez.

—Ya el mal no tiene remedio, y lo que hay que hacer es vivir prevenidos: porque es preciso que sepáis que ese hombre, auxiliado, sin duda, por Satanás, lo sabe todo y hace lo que parece imposible.

—A pesar de todo su poder, no conseguirá hacernos faltar a mis deberes.

—Sin vuestro auxilio puede ser que alguna noche quiera introducirse en esta santa casa.

—¿Cómo y por dónde?

—Sin abrir puertas ni ventanas ni romper paredes se ha introducido más de una vez en la vivienda del co-

mendador, y, sin que nadie sepa cómo, ha desaparecido. Por todo eso, y para librar a su hija del gran peligro que corre, el señor de Saavedra ha determinado traer aquí a su hija.

— ¡Ya empezamos a sufrir las consecuencias!

—Al deciros esto os doy una prueba de confianza sin límites.

—Bueno es, reverenda madre, que yo sepa a qué atenerme, pues así vigilaré con mayor cuidado y no me fiaré de nadie; ¡absolutamente de nadie!

—En eso consiste todo.

—Si me permitieseis manifestar mi opinión...

—Decid lo que bien os parezca.

—Puesto que lo que ha sucedido esta noche no puede ya remediarse, creo que conviene no decir nada al ilustre comendador, porque con decirselo no se conseguiría más que disgustarle. Yo vigilaré a todas horas; y como el poder de Satanás de nada sirve en este sagrado recinto, ese hombre luchará en vano, acabará por perder la esperanza y nos dejará tranquilos.

—Acertado me parece el consejo.

—Reverenda madre, os doy gracias por vuestra clemencia conmigo, pues reconozco que mi torpeza merece el castigo más severo.

—Id, hermano, a cumplir vuestros deberes mientras yo imploro la protección divina.

—Atento estaré toda la noche por si alguna novedad ocurre, y también rogaré a Dios que devuelva la salud a la ilustre enferma.

— ¡Amén! —dijo la superiora.

Canuto, muy preocupado, se fue a su habitación.

La anciana se dirigió a la celda de María.

Ésta se encontraba peor, pues la fiebre era mucho más intensa.

Después de delirar largo rato, había quedado aletargada.

Su bellissimo rostro se había desfigurado.

Habían perdido el brillo y la expresión sus magníficos ojos.

La infeliz no había reconocido a su padre.

¿Se arrepentía éste de haberse mostrado tan severo?

No.

¡Pobre María!

CAPÍTULO XLIII

Encuentro inesperado

Querubín fue ante todo a buscar a su protector y le refirió detalladamente cuanto había sucedido.

El señor de Guevara, dejándose arrebatado, dijo que el mejor medio era emplear la fuerza y acabar de una vez tan endiablado negocio; pero esto era lo mismo que hacer doblemente crítica la situación, pues la fuerza de nada servía para obligar al comendador, ni tampoco para salvar del conde a Consuelo, pues a los dos les sobraba influencia, de la que abusarían, si no para triunfar, para hacer mucho mal a los infelices enamorados.

Lo peor que podía suceder era que la situación se aclarase y que, lo mismo el conde que don Pedro, supieran a qué atenerse con respecto a Querubín y al señor de Guevara, pues desde el momento en que esto sucediese ya no guardarían consideraciones de ninguna clase. El desgraciado mancebo, a pesar de su trastorno, comprendía muy bien todo esto, y se opuso a que se adoptasen cierta clase de resoluciones, que habían de producir un efecto contrario al que deseaban.

Además, había el peligro de que don Pedro de Saa-

vedra se vengase haciendo pública la debilidad de la condesa.

—Desengáñate—decía el caballero—: el comendador es un miserable de quien no puede esperarse nada bueno.

—¡Ya lo sé!

—Dejará morir a su hija, y entretanto la condesa continuará empleando toda su influencia contra nosotros. Cuando a semejante extremo llegan las cosas, es preciso hablar claro: si don Pedro no quiere escuchar razones, nos dará cuenta de su ruin proceder.

—¿Y qué conseguiremos así?

—Siquiera un desahogo; y ya que todo se pierda, nuestro honor quedará a salvo. ¡Vive el cielo! ¿No te ha ocurrido pensar que ante todo es ésta una cuestión de honra?

—Si la condesa quisiera ayudarnos...

—¡Ayudarnos la condesa! ¡Fuego de Satanás! ¿Has perdido el juicio, Querubín? No podemos adivinar por qué hace lo que estamos viendo la madre de Leandro; pero ello es que, cuando lo hace, por algo será, y no ha de ponerse de nuestra parte, porque eso equivaldría a favorecer los amores de su hijo y de Consuelo.

—Sin embargo...

—¿Quién convencerá?

—Sí.

—Pues vamos a ver a nuestro amigo Sandoval, a quien, probablemente, encontraremos ahora en su casa.

—¡Vamos, porque es preciso adoptar una resolución cualquiera!

Protector y protegido se encaminaron a la morada de los condes de Rocanegra.

No se hallan equivocando, pues Leandro se encontraba allí: subieron, y esperaron en una antecámara mientras un sirviente anunciaba la visita.

Nunca había entrado Querubín en una casa donde hubiese tanto lujo.

Muchos criados iban y venían, sin que ninguno fijara la atención en los que esperaban.

Percibióse un sordo rumor.

Era que a la puerta de la casa se detenía un coche, porque la condesa iba a salir.

La desgraciada madre, a pesar de lo mucho que sufría, veíase obligada a representar su papel, y no había podido prescindir aquella noche de asistir a un sarao, donde Leandro también debía presentarse.

Cinco minutos pasaron.

El sirviente volvió y dijo al señor de Guevara:

—Aun tendréis que esperar, porque su señoría no está en su cuarto.

—Os advierto que soy uno de sus mejores amigos.

—Ya lo sé, pero la señora condesa ha llamado a su hijo, y no nos atrevemos a interrumpir su conversación.

Cuando así hablaban llegó el criado joven, llamado Perico, a quien ya hemos dado a conocer, y como estaba al corriente de ciertos secretos, al ver al señor de Guevara terció en la conversación diciendo:

—Mi noble señor va a salir; pero no os iréis sin verle. Tened paciencia y esperad, que yo haré lo posible para darle aviso de que os encontráis aquí.

Y desapareció, dirigiéndose a las habitaciones que ocupaba la condesa.

Querubín no se había repuesto aún de su trastorno y guardaba silencio, en tanto que distraídamente miraba a su alrededor.

No hubiera podido en aquellos momentos asegurar si estaba despierto o dormido, pues todo le parecía vago y confuso.

Perico podía hacer lo que ningún otro criado, atreverse a lo que ninguno se hubiera atrevido, puesto que

su situación puede decirse que era excepcional. He ahí por qué se detuvo en una habitación al ver que la condesa y Leandro salían, y acercándoseles, dijo al segundo:

—Perdone vuestra señoría; pero el caballero Guevara...

—¿Ha venido?—preguntó vivamente el hijo de la condesa.

—Con su hijo, y ambos os aguardan.

Sabemos ya que para la infeliz Margarita no era desconocido el nombre del buen hidalgo, y que también lo había oído pronunciar al tratarse de Consuelo, del comendador y de la hija de éste. Sin embargo, no dio importancia a la visita, y dirigiéndose a Leandro, le dijo:

—Ese caballero tendrá que volver otro día, porque ahora no podemos detenernos.

—Así se lo rogaré al salir—respondió el joven.

No necesitó Perico más: corrió, llegó a la antecámara y dijo al caballero:

—La señora condesa no quiere que se detenga su hijo, porque van a un sarao.

—Pues antes que la fiesta es nuestro asunto.

—Os lo advierto para que os arregléis como mejor os sea posible.

No pudieron hablar más, porque se presentaron la madre y el hijo.

Iban ambos vestidos con un lujo deslumbrador. Ni unos ni otros podían comprender toda la importancia de la escena que iba a tener lugar.

Por primera vez Querubín se encontraba frente a su madre; por vez primera la veía.

También por vez primera la madre infeliz iba a ver al hijo por quien lloraba hacía tantos años, y que era testimonio, lo mismo de su amor que de su extravío.

Por más que el señor de Guevara fuese pobre, era al

fin un caballero, y había que guardarle todas las consideraciones que a su clase se debían.

Mucho deseaba Querubín conocer a la condesa, ya por las noticias que de ella tenía, ya por lo que podía influir en su suerte; así que, volviendo en sí de su distracción, fijó la mirada afanosamente en aquella mujer tan hermosa como desgraciada.

Detuviéronse Leandro y su madre, y el primero estrechó la diestra del señor de Guevara, diciéndole:

— ¡Dios os guarde, caballero!

Y añadió, dirigiéndose luego al amante de María:

— ¡Os deseo salud, señor Querubín!

Apenas pronunció este nombre, exhaló la condesa un grito.

Mortal palidez cubrió su rostro.

Su mirada se fijó con avidez inconcebible en el mancebo.

Semejante trastorno, produjo la sorpresa que era consiguiente.

— ¡Dios mío! — exclamó Leandro acudiendo a su madre para sostenerla — ¿Qué os sucede, madre mía?

— Señora — dijo el hidalgo —, en mal momento llego...

— ¡No! — interrumpió la condesa, haciendo esfuerzos sobrehumanos para sostenerse y recobrar la calma.

Querubín había quedado inmóvil como una estatua. No acertaba a darse cuenta de lo que sentía.

Su corazón palpitaba violentamente.

Contemplaba a su madre, sin poder apartar de ella la mirada.

Algunos criados se habían detenido y miraban con extrañeza el cuadro que presentaban aquellas cuatro criaturas.

La situación no podía ser más difícil para la condesa.

¿Era su hijo aquel joven?

El nombre, la edad y, además, los ojos del mancebo, en los que la infeliz creía encontrar no sabía qué muy parecido a los ojos de don Juan de Monzón, la turbaban profundamente.

Pero el criado, al anunciar al señor de Guevara, había dicho que su hijo le acompañaba, y siendo el mancebo hijo del hidalgo, no podía serlo de la condesa.

Empero, ¿por qué el joven ejercía sobre la infeliz aquella influencia inexplicable?

¿Por qué parecía también él profundamente conmovido?

Todo esto lo pensó en un instante la condesa; pero pensó también que era preciso disimular, porque la imprudencia más leve comprometería su honor.

—¡No es nada!—dijo con voz insegura—; ¡un dolor repentino y muy violento en un pie! Me sentí mareada; pero ya pasó: tranquilizaos.

—Madre mía, volved a vuestro cuarto; habéis palidecido, estáis muy agitada...

—Me sentí atornillada, es verdad; pero ahora...

—Me parece una locura salir en semejante estado; y más cuando hace algunos días que vuestra salud no es satisfactoria. Os lo suplico: quedaos, o, al menos, esperad a que pase el trastorno.

—Esperaré para tranquilizarte: entretanto puedes hablar con tus amigos. Y vos, caballero, perdonad, porque ni siquiera os he saludado...

—Señora...

—Tengo mucho gusto en conoceros, porque ya sé que sois uno de los mejores amigos de mi hijo.

Aunque aparentemente, iba la condesa recobrando la calma.

—Me honro con su amistad—respondió el hidalgo.

—Decían que os acompañaba vuestro hijo...

—Aquí lo tenéis.

—Yo no sabía...

—Señora, este joven representa un antiguo episodio de mi vida, y... No me parece bien tratar ahora de este asunto, y me concretaré a decir que es mi hijo, a quien pienso reconocer muy pronto con todas las formalidades de la ley.

El mancebo debió hablar, siquiera fuese para cumplir los deberes de la cortesía; pero no pudo articular una sílaba.

—¿En qué piensas?—le dijo el señor de Guevara con tono de reconvención— ¿Por qué no saludas a la señora condesa? Te hace el honor de fijar la atención en ti, y estás obligado a expresarle tu gratitud.

El rostro del joven enrojeció como si fuese a brotar la sangre.

Sintióse avergonzado, anonadado.

El infeliz hizo un supremo esfuerzo, y exclamó:

—¡Oh! ¡Es verdad! ¡Soy un estúpido! ¡He cometido una grosería! Pero... perdonad; no acierto a explicarme, porque estoy aturdido...

—La culpa es mía—dijo la condesa.

Y desplegó una dulce sonrisa y alargó la diestra al joven, añadiendo:

—Tranquilizaos, porque ya me siento completamente bien.

Querubín tomó la mano de su madre y, sin darse cuenta de lo que hacía, la estrechó fuertemente.

Otra vez su rostro se cubrió de palidez mortal.

Y, siempre subyugado, contra su voluntad, estaba fijo en su madre.

—¡Ah!—exclamó con voz ahogada— ¡Cuán buena sois, señora! No, no exageran los que dicen que tenéis un gran corazón, y...

Se interrumpió, comprendiendo que era inoportuno cuanto decía, y después de un momento, añadió:

—¡Perdonadme, señora! Estoy trastornado, porque tengo motivos para sufrir mucho, para perder la razón. ¡Adiós, señora; adiós!

Se inclinó, besó la mano de la condesa, y antes de que pudieran evitarlo lanzóse hacia la puerta y desapareció.

—¡Dios mío!—exclamó la pobre madre con angustioso tono— ¡Detenedle! ¡Quiero tranquilizarle! ¡Corred! Y se oprimió el pecho con fuerza convulsiva.

Perico, que estaba atento a cuanto sucedía, corrió para dar alcance a Querubín.

—¡Mucho temo que pierda el juicio!—dijo el señor de Guevara—. Verdad es que sufre mucho y que suceden tales cosas, que es para trastornar la cabeza más firme. ¡Oh! ¡Ha conseguido averiguar dónde está la hija de don Pedro de Saavedra!

—¡Caballero!—exclamó Leandro.

—Pero también ha sabido que ella se muere.

—¿Qué estáis diciendo?

—Habláis de la hija del comendador—dijo entonces la condesa.

—Sí.

—Y también de vuestro hijo.

—Señor de Guevara—interrumpió Leandro—, no es el señor Querubín el único que esta noche está trastornado, sino que vos...

—También lo estoy; lo reconozco; pero si he cometido una torpeza hablando de este asunto en presencia de vuestra madre, ya no tiene remedio: aunque tal vez lo que parece una desgracia sea una fortuna, pues la paciencia me falta, la situación se complica, y si no acabamos de una vez...

—¿Qué significa esto?—preguntó la madre de Leandro.

—¡Que estoy aburrido y desesperado—dijo el señor de

Guevara—; y si no consigo hacer dichoso a Querubín!... ¡Tripas de Lucifer!... ¡Perdonad, señora!... ¡Oh!... ¡No sirvo para estas intrigas, porque entre personas de mi clase debe considerarse indigno el disimulo, y cuando las cuestiones llegan a cierto punto, lo más conveniente y lo más noble es sacar la espada!

Cuando tomaba la palabra el hidalgo, era muy difícil hacerle callar.

No eran menester más explicaciones para que la condesa comprendiera toda la gravedad de la situación, por más que no pudo entender qué significaba lo que el caballero decía de la hija de don Pedro, ni tampoco pudo adivinar qué tenía que ver en todo aquello Querubín.

Si continuaban la conversación del mismo modo, no era posible que se entendiesen.

Leandro se encontraba muy comprometido y no sabía qué resolución adoptar; pero el señor de Guevara le sacó del apuro diciendo:

—Volveré mañana, y no a vos, sino a la señora condesa, vuestra madre, le diré lo que sucede: tengo la esperanza de que nos entenderemos muy bien.

—Pero...

—No saldré esta noche—interrumpió la pobre madre—. Venid, caballero, pues a lo que he podido entender, estoy en ese asunto tan interesada como vos. Queréis hacer feliz a vuestro hijo, no sé cómo.

—Lo sabréis, porque nada os ocultaré.

—Yo también quiero la dicha para el mío.

—Pues siendo así, todo se arreglará fácilmente, ya que de vos depende quizá la dicha de todos.

—Aquí no debemos hablar.

—Espero vuestras órdenes, señora.

La condesa dispuso que retirasen el coche, y volvió a su aposento con su hijo y el señor de Guevara.

No debían temer que nadie los interrumpiera entonces.

Si el señor de Guevara decía en todo la verdad, como había prometido, muy pronto debía Querubín abrazar a su madre. Sabiendo ésta que su hijo era el amante misterioso de María, se sentiría con dobles fuerzas para luchar con el comendador; pero no tenemos la esperanza de que suceda así, pues sabemos ya hasta qué punto tenía el hidalgo empeño en hacer creer que era padre de Querubín, y para que otra cosa confesara era menester que se viese obligado ante razones y pruebas como las que le había presentado el comendador.

La conferencia iba a ser de muchísima importancia, y cada una de aquellas tres personas abrigaba esperanzas que muy pronto habían de verse desvanecidas.

CAPÍTULO XLIV

Explicaciones desagradables

Lo repetimos: no podía ya contenerse el señor de Guevara; había principiado y debía concluir sin necesidad de nuevas explicaciones de la condesa.

Sentáronse.

Leandro guardó silencio, porque ya nada tenía que decir, y porque, siendo el secreto de Querubín el que debía descubrirse, nada tenía que observar.

El buen hidalgo dio principio a la conversación, diciendo:

—Me parece que podemos aborrrarnos muchas explicaciones, pues ni yo ignoro que el comendador desea que su hija se case con vuestro hijo, ni vos ignoráis que la hija del comendador tiene un amante a quien nadie conoce.

—¿Y ese amante?

—Es mi hijo, señora.

—¡Ah!

—Don Leandro ama también a la desgraciada joven a quien habéis conocido, y, para que nada falte al enredo, esa joven es objeto de los deseos impuros de quien no me parece oportuno nombrar.

—¡No es menester!—dijo la condesa.

—Don Pedro se ha convencido de que es imposible luchar con el que ya dos veces se ha burlado de él, y ha adoptado una resolución extrema encerrando a su hija en un convento con tanto sigilo y tales precauciones, que nadie sabía adónde la había llevado.

—¿Cuándo ha sucedido eso?

—Esta mañana; pero Querubín, que vale mucho más que el comendador, ha conseguido averiguar que la infeliz María está muy cerca de aquí, en el convento de Santa Teresa. Ha sabido también que repentinamente ha enfermado, y que el médico no responde de lo que sucederá.

—¡Dios mío!

—Tenéis un noble corazón, señora, y fácilmente comprenderéis lo que debe sufrir mi desgraciado hijo: así os explicaréis su trastorno y, como consecuencia de esto, las torpezas que ha cometido, pues aún no hace una hora que recibió esas noticias.

—¡Infeliz!

—Entretanto, el que intenta manchar el honor de Consuelo trabaja sin descanso; y nosotros, para evitar desgracia tan horrible, fingimos ayudarle, de acuerdo con el comendador, que también le ayuda.

—¡Eso es imposible!

—Os lo explicaré con claridad—repuso el caballero.

Y punto por punto refirió la intriga que ya conocen nuestros lectores, hablando de los últimos sucesos que habían tenido lugar en la vivienda del comendador, aunque guardando absoluta reserva en cuanto se refería al nacimiento de Querubín.

Con profunda atención escuchó la condesa.

¿De qué le servían a la infeliz semejantes explicaciones ?

No le servían sino para convencerse más y más de que la situación era horrible.

Sin que ella supiese por qué, le interesaba la suerte de Querubín; pero nada podía hacer en su favor, sino que, por el contrario, se veía obligada para salvar su honra a secundar los deseos del implacable comendador.

Hasta entonces la conversación no había llegado a su punto de mayor interés, y el señor de Guevara, después que hubo dado toda clase de explicaciones, dijo:

—De todo esto se deduce, señora condesa, que si favoreciérais los amores de vuestro hijo y de Consuelo, no solamente salvaríais el honor de esa infeliz, sino que sería más fácil que realizara Querubín sus deseos, porque tendríais un inconveniente menos que vencer.

—¡No conocéis al comendador!

—Bien sé que a pesar del nombre ilustre que tiene Querubín derecho a llevar, por la circunstancia de no ser mi hijo legítimo y de no esperar una pingüe herencia, el comendador se negará a concederle la mano de su hija; pero con tiempo, paciencia y habilidad, cuando se convenza de que su hija no puede ser dichosa sino con Querubín, y de que éste vale mucho, acabará por ceder.

—¡Lo dudo!

—No sucederá así mientras conserve la esperanza de que María se case con vuestro hijo, y esa esperanza la tendrá mientras vos, con más o menos empeño, aconsejéis a vuestro hijo que se case con María.

—¿Puedo hacer otra cosa ?

—Señora, tengo la costumbre de decir lo que siento.

—Para decir la verdad y escucharla, es para lo que he provocado estas explicaciones.

—Además, me parece que el encontrarme esta noche aquí y hablando con vos—cosa que nunca imaginé que sucediese—ha sido dispuesto por Dios, y la mejor manera de que la voluntad de Dios se cumpla es que yo hable con franqueza y sin miramiento alguno, ni pensar si he de desagradaros.

—Decid cuanto bien os parezca.

—Hace algún tiempo que opinabais que vuestro hijo no debía casarse sino con la mujer que interesase su corazón, y sobre este punto le dejasteis en la más completa libertad.

—¡Caballero!...

—Perdonad, señora, que aun no he concluido.

—Os escucho—dijo la condesa fijando una mirada de temor en el hidalgo.

—Reconocéis que Consuelo tiene un gran corazón, que es virtuosa como ninguna mujer y que ama a vuestro hijo como él merece que le amen.

—Sí.

—No ignoráis que vuestro hijo no ama a María, y sabéis muy bien que ella está enamorada de otro. Siendo así, ¿cómo podéis querer que se casen? No se os oculta, ni es posible que se os oculte, que ese casamiento significa la desgracia más horrible para cuatro nobles criaturas: una de esas criaturas es vuestro hijo; vos sois una madre cariñosa, y a pesar de todo eso...

—Os olvidáis de una circunstancia.

—¿Cuál?

—Consuelo no tiene padre, no tiene nombre.

—Averiguaremos quién fue su padre.

—Pero siempre resultará que su existencia no es legítima, y los deberes que nos impone nuestra posición...

—Comprendo.

—Sobre todo, yo no soy la única autoridad que puede disponer de la suerte de Leandro, pues antes que yo está su padre, y bien comprenderéis que mi esposo no ha de consentir...

—No os molestéis, que lo entiendo.

—Decid ahora si algo puedo hacer en favor de mi hijo.

—Voy a concederos que en todo tenéis razón.

—Entonces...

—Sufra vuestro hijo, porque no puede realizar lo que tanto anhela; sufra Consuelo, porque tiene que renunciar a su dicha.

—¿Y qué más?

—Dejad así la situación y nos habréis hecho un gran beneficio.

—No os comprendo bien.

—No obliguéis a vuestro hijo a que sea esposo de la hija del comendador, y así éste perderá la esperanza y a Querubín le será más fácil triunfar, resultando que dos al menos de las cuatro criaturas serán felices.

—Ahora olvidáis a mi esposo, que, aunque no lo manifiesta, tiene mayor empeño que yo en que Leandro se case con María.

—Dejadle que haga lo que mejor le parezca; pero no le ayudéis, y consideraré que nos habéis hecho un gran beneficio.

El razonamiento del señor de Guevara no tenía réplica; y era imposible negarle lo que pedía, puesto que se contentaba con que la condesa se mostrase neutral en aquel asunto. ¿Qué podía responder la pobre madre?

—Caballero—dijo la infeliz—, tal vez he cometido una ligereza al prometer mi ayuda al comendador; pero ya está hecho el mal, y no puedo retroceder.

—Diré la última verdad, señora.

—Decidla.

—En todo esto veo...

—¿Qué ?

—Un misterio.

—No hay ninguno.

—Sabiendo que habíais de sacrificar a vuestro hijo, que habíais de hacerle la criatura más desdichada del mundo, nada hubierais prometido al comendador si alguna razón suprema no os hubiese obligado a prometer: esa razón, ese motivo, es el misterio; y ese misterio...

—¡Basta!—interrumpió la condesa con breve tono.

Leandro quiso entonces tomar parte en la conversación; pero su madre le impuso silencio.

—No basta—replicó el hidalgo—, porque en todo esto se juega la suerte de Querubín, y como Querubín es mi hijo...

—Si mal hice al prometer, ya prometí; y si Leandro ama a su madre, si por su madre es capaz de hacer algún sacrificio, se casará con la hija del comendador.

—¡Oh!

—¡Caballero, debéis comprender que sufro mucho!

—Perdonadme—insistió el señor de Guevara, que ya no era posible que se contuviese—: pero como se trata de mi hijo...

—¿Acaso no soy madre ? ¿No es la suerte de mi hijo la que también ha de decidirse ?

—Y del mío.

—Pues, entonces...

—Nuestros intereses son comunes: tanto es así, que para favorecer a Querubín tengo que ayudar a don Leandro, así como si queréis que vuestro hijo sea dichoso, es preciso que favorezcáis al mío. En semejante situación, me parece que hemos debido hacer un pacto de alianza ofensiva y defensiva; pero os colocáis en distinto terreno y hacéis todo lo contrario. ¿Por qué invocáis, señora, vuestros derechos de madre ? ¿Por qué

habláis en nombre de vuestro amor maternal ? ¿Por qué decís que a toda costa queréis hacer feliz a vuestro hijo, y al mismo tiempo os empeñáis en que se case con la hija del comendador ? Vuestra conducta es una serie de contradicciones, y, por consiguiente, no tienen ninguna fuerza vuestros razonamientos.

La lógica del señor de Guevara era inflexible; casi pudiera calificarse de terrible.

Se convenció la condesa de que lo peor que podía hacer era discutir, y con el deseo de terminar de una vez, dijo:

—La razón os sobra; pero no puedo hacer más que lo que hago.

—¡Vive el cielo!...

—¡No puedo, no puedo!—repuso la infeliz madre con acento de firme resolución.

—¡Señora, en nombre del!...

—¡Dejadme, porque ni siquiera os contestaré!

—¡Pero esto es para desesperar al hombre de más paciencia!

—Contad conmigo para salvar el honor de Consuelo, para protegerla en cuanto sea necesario, y estad seguro de que para conseguirlo así no me detendré ante ningún sacrificio; pero nada más me pidáis: ¡nada más!

—¡Permitidme la última observación!

—Ninguna; y si es preciso, os suplicaré que me dejéis.

Claramente pintados estaban en su rostro los sufrimientos de la condesa.

Su hijo no podía mostrarse indiferente, porque ya hemos dicho que amaba a su madre con frenesí.

El señor de Guevara, aunque trastornado por la desesperación, sintióse también profundamente conmovido ante aquel intenso dolor.

—¡Basta!—dijo Leandro poniéndose en pie— Ya he

adoptado una resolución, y es inútil discurrir sobre este asunto.

—¿Y en qué consiste vuestra resolución?

—Lucharé sin ayuda de nadie sin disimular ni fingir; defenderé a Consuelo, y favoreceré en cuanto me sea posible a mi amigo Querubín.

—Pero así nos quedamos en peor situación.

—¡Me resignaré!

—¿Eso significa?...

—¡Que ya hemos concluído! Vamos señor de Guevara, pues ante todo debemos tranquilizar a vuestro pobre hijo.

—¿Y dónde hemos de encontrarle ahora?

—En los alrededores del convento de Santa Teresa: no puede estar en otra parte.

—Es verdad; allí se encuentra María...

—¡Vamos, vamos!

—¡Esperad un momento! —dijo la condesa al hidalgo.

—Disponed de mí, señora, pues ya sabéis aquel refrán que dice que lo cortés no quita a lo valiente.

—Os pediré un favor, si no habéis de pedirme explicaciones.

—Señora condesa, soy descendiente del gran Godofredo de Guevara.

—¡Gracias, caballero!

—Aguardo vuestras órdenes.

—Deseo hablar a solas con vuestro hijo.

—¿Nada más que eso?

—Nada más.

—Cumplirá sus deberes, y mañana mismo se pondrá a vuestras órdenes.

—Deseo su dicha, no lo dudéis; pero... tendré que hacer el sacrificio de mi corazón, ya que no me está permitido hacer el de mi vida.

—¡Este misterio!... ¡Truenos y rayos!... ¡Perdo-

nad, señora condesa, porque estoy loco y no sé lo que digo, ni respondo de lo que haré!

La infeliz madre alargó la diestra al señor de Guevara, diciéndole tristemente:

—¡Tenéis un gran corazón! ¡Dios os proteja!

Besó Leandro la pálida frente de su madre, y salió con el señor de Guevara.

La condesa exhaló un suspiro, elevó al cielo una mirada de súplica, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué no me quitáis la vida?

En una antecámara encontraron al travieso Perico.

—¡Ven!—le dijo su señor.

Corrió el sirviente, tomó su capa y su sombrero, una linterna y su espada, y dio alcance a los dos caballeros en la calle del Barquillo, siguiéndolos sin descubrir la luz, que guardaba para cuando fuese menester.

Ya no podía dudarse de que un misterio de muchísima importancia había en la extraña conducta de la condesa; pero el misterio no era posible adivinarlo.

Para la felicidad de todos hubiera sido menester que muriese el comendador, el cual, aunque anciano, se conservaba muy vigoroso y disfrutaba de la más completa salud.

¿De qué le servirían ya a Querubín su ingenio y su travesura?

¡Pobre mancebo!

CAPÍTULO XLV

De cómo Canuto favoreció a Querubín

Desiertas, silenciosas y oscuras estaban las calles.

Poco tenían que andar para llegar al convento.

—¿Por qué no has traído luz?—preguntó Leandro a su sirviente.

mujer, y del que, ni Monzón, que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro^a de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hijo viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fué recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa, porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando vé que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo, que es Querubín. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso piensa aconsejar a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos. Andrés, creyendo que a quien ama Querubín es a Consuelo, quiere engañarle y aprovecharse de él para secuestrarla por orden del conde y de don Pedro.

Tal es la trama de los personajes de la obra.

COLECCION ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TITULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	J. MARY	Ruñidos	11	G. LEONARDO	El corazón secuestrado
2		El botón por sacrificio	12		Roulettable en Rusia
3		¡Por ella!	13	LA TRONCA	El naufrago del espacio
4		La astucia de una mujer	14		Al astro espantoso
5		La venganza del Destino	15	SUTTERWALLER	El capitán Lagerde de Jarzac
6		El secreto de Mari-Rosa	16		Los amores de Francisco I y la Gioconda
7		Ultraje Mortal	17		La marquesa dolorosa
8	ENTRAME	Las cosas por	18		La favorita
9	G. LEONARDO	Bibi, tomo I	19		El misterio de miraflores
10		Bibi, tomo II	20		El hijo de Santos

PRECIO DEL CADA TOMO, EN RUSTICA

2,50 PESETAS

DE VENTA EN LIBRERIAS Y KIOSCOS